



Lo dicho es más que suficiente para juzgar y rechazar la teoría kraussista sobre la Filosofía de la Historia; pero todavía aparecerá más de bulto su inexactitud y falsedad, si se tienen en cuenta las dos consideraciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Según la teoría kraussista: a) La naturaleza es eterna é infinita en su género, y el Espíritu es también eterno é infinito en su género; en otros términos, el número de cuerpos es infinito y también el número de espíritus. Tenemos, pues, dos números infinitos y finitos á la vez: infinitos, como supone la teoría; finitos, porque los dos números sumados constituirán necesariamente un número de seres mayor que cada uno de ellos, y cuando un número reunido ó sumado con otro forma número mayor, semejante número es necesariamente finito. b) La union del alma con el cuerpo humano es una encarnacion determinada de la serie eterna, y por consiguiente infinita que viene experimentando desde la eternidad: suposicion contradictoria á la vez que gratuita; contradictoria, porque la eternidad excluye necesariamente la sucesion, y por consiguiente, si las encarnaciones humanas tienen un origen eterno, no pueden ser sucesivas, ni existirían las presentes, porque para ello seria necesario que las encarnaciones presentes fueran el término de una cadena ó serie eterna, y por consiguiente infinita, de mutaciones; y sin embargo, puede tenerse como axioma filosófico, que lo que es eterno ó infinito, á la vez que sucesivo, no puede llegar al término, no puede tener presente, que seria el término, el fin de lo infinito y eterno: *in finitum pertransiri non potest*, decian con razon los antiguos filósofos, y dice también el sentido comun. La duracion eterna, si es sucesiva, no puede tener término ni presente. Es también gratuita, toda vez que no se aduce prueba alguna en favor de semejante hipótesis. c) La escala de perfectibilidad que debe recorrer la humanidad, está contenida entre la ignorancia del bruto y la omnisciencia de Dios, según la teoría kraussista. Esto equivale á decir, en otros términos, que el destino del hombre, ó es convertirse en Dios, ó que está condenado á moverse *in aeternum* sin llegar nunca al término de su perfectibilidad; si lo primero es

absurdo impío y panteista, lo segundo implica la negacion radical de toda Filosofía de la Historia, toda vez que afirma que la humanidad nunca llegará á la realizacion de su destino.

2.<sup>a</sup> Sin entrar en el exámen de la mayor ó menor oposicion que existir pueda entre la concepcion kraussista relativa á la naturaleza y condiciones de la *segunda edad* ó época de la humanidad terrestre, y los datos que suministra la Historia, es incontestable que sus afirmaciones é ideas en orden á las edades primera y tercera de la humanidad, no pasan de ser, ó meras suposiciones gratuitas, ó concepciones más ó menos brillantes, pero fantásticas, que no se hallan de acuerdo ni con la Historia, ni con la experiencia, ni con la razon. Ciertamente que las tradiciones religiosas de los pueblos, de acuerdo con la enseñanza de los Libros Santos, nos revelan la existencia de una época en que el hombre se halló en union íntima con su Criador, en una verdadera edad de oro, durante la cual la felicidad y la inocencia constituían los caracteres distintivos de la humana naturaleza; empero ni esas tradiciones, ni ménos los Libros Sagrados, autorizan de ninguna manera la concepcion de aquel estado primitivo y sobrenatural como una verdadera época de la humanidad; porque semejante concepcion lleva consigo la permanencia de aquel estado durante un período de años más ó ménos largo, y sobre todo, lleva consigo la idea de la aplicacion de aquel estado, no á un hombre solo, sino á muchos individuos ó miembros de la humanidad. Y sin embargo, la verdad es que semejante suposicion, además de hallarse en abierta contradiccion con la enseñanza de los libros bíblicos, que son indudablemente los más antiguos y autorizados, aun considerados humanamente y fuera de la revelacion divina, no presenta en su apoyo documento alguno histórico, quedando en su consecuencia reducida á una mera hipótesis absolutamente gratuita. ¿Necesitaremos recordar otra vez más, que si la hipótesis gratuita no debe ni puede servir de base firme y racional á ninguna ciencia, mucho ménos puede tener lugar esto respecto de la Filosofía de la Historia, ciencia que es hasta inconcebible, si no se halla basada sobre



la observacion, estudio y comparacion de los hechos históricos?

¿Y qué pensar de la invencion del lenguaje por el hombre durante esa primera época de la humanidad? Aun admitida la posibilidad de la invencion del lenguaje por parte del hombre, hipótesis contra la cual militan, como es sabido, poderosas razones, siempre será contrario á la lógica, á la experiencia y al sentido comun, admitir esa facilidad de invencion para el lenguaje, que se da por sentada en la teoría kraussista, esa *espontaneidad* con que el hombre inventa el lenguaje á la manera que el pájaro produce el canto.

La tercera edad ó época kraussista de la humanidad, no es ménos inadmisibile que la primera. Por de pronto, envuelve una concepcion esencialmente *hipotética*, toda vez que se refiere á trasformaciones, sucesos y estados de la humanidad, sobre los cuales nada nos dice ni puede decirnos la Historia, echándose de ménos en consecuencia respecto de esta época, la base racional y propia de la Filosofía de la Historia, que es la observacion y comparacion de los hechos. Empero no es esta la razon más poderosa que milita en contra de esa *tercera edad* humana. La realizacion del ideal kraussista correspondiente á la tercera época de la humanidad, llevaria consigo la unidad armónica del hombre en el orden físico, intelectual y moral, la realizacion completa del bien posible en todas las naciones, pueblos é individuos de la raza humana, la desaparicion del mal físico y moral sobre la tierra. Esta concepcion podrá ser muy filantrópica y poética, muy brillante y humanitaria si se quiere; pero no por eso dejará de ser infundada, contraria á la sana razon, y hasta á la experiencia histórica; que la experiencia histórica, la sana razon y la ciencia nos enseñan de consuno, que las naciones y los pueblos, lo mismo que los individuos de la especie humana, pueden perfeccionarse más ó ménos en el orden físico, intelectual y moral, pueden adquirir un grado de civilizacion más ó ménos avanzado, pueden realizar en sí mismos según diferentes grados las ideas de lo útil, de lo bello, de lo justo, etc.; pero que mientras permanezcan en las condiciones

de la vida terrestre, jamás llegarán á desarraigarse por completo las malas pasiones que germinan en el corazon humano; que jamás llegarán á desterrar de los pueblos ni de los individuos la soberbia, la ambicion, el apetito de los placeres, la avaricia, la sed de mando y de honores, con cien otras pasiones que brotan espontáneamente en el corazon del hombre, y que han impedido é impedirán en todo tiempo la realizacion, ni siquiera relativamente completa, del bien sobre tierra. No hay que hacerse ilusiones: lo que fué será bajo diferentes fases, y con modificaciones que nunca podrán llegar á cambiar las condiciones fundamentales de la naturaleza humana; que no sin razon se dice en la Escritura, que *nihil sub sole novum*. La injusticia y la violencia turban y turbarán siempre la sociedad humana; los dolores físicos se agregarán á los sufrimientos morales, y constituirán siempre, en mayor ó menor escala, la triste herencia de la humanidad caída, como ha sucedido hasta la hora presente. El que afirma que la felicidad perfecta, el bienestar completo, una vida sin amargura, sin necesidades y sin dolor, es la suerte que debe prometerse el hombre sobre la tierra, dará á entender que ha meditado poco sobre las condiciones propias de la naturaleza humana y sobre la enseñanza de la Historia. Cualquiera que sea el grado de civilizacion y progreso á que llegue la raza humana en el trascurso de los siglos, habrá siempre en ella ricos y pobres, hombres justos y honrados al lado de hombres viciosos y criminales, hombres del dolor y de los sufrimientos al lado de hombres que beben en la copa de los goces y de la sensualidad, hombres de la grandeza y de la opulencia al lado de hombres desheredados de los bienes de este mundo. Y precisamente esta distribucion de bienes y males, que parece injusta á los ojos de la carne, pero que no lo es á los ojos de la religion y de la fe cristiana, es una prueba visible de la existencia de una vida futura para la humanidad, y una demostracion irrefragable de que el destino de esta y su realizacion completa traspasan los límites de la vida terrestre y se encuentran más allá del movimiento histórico de la especie humana.



Reasumiendo: de la teoría kraussista sobre la Filosofía de la Historia, puede decirse con razón que es: 1.º, una teoría esencialmente panteísta; 2.º, una teoría que encierra un conjunto de proposiciones absurdas y contradictorias y de suposiciones ó afirmaciones puramente gratuitas; 3.º, una teoría que en su mayor parte, y principalmente en lo relativo á las épocas primera y tercera de la humanidad, además de oponerse á la sana razón y á la ciencia, se reduce á concepciones fantásticas y arbitrarias en abierta contradicción con la experiencia y el sentido común, y destituidas de fundamento histórico. Y sin embargo, esa teoría panteísta, contradictoria y arbitraria, es la que en nuestra patria fascina la inteligencia de hombres que, sin penetrar tal vez su sentido, y sin parar mientes en sus tendencias anticristianas, ni tampoco en lo que encierra de hipotético, de contrario á los hechos históricos y de contradictorio con las indagaciones y afirmaciones científicas de una metafísica racional y sólida, se dan aires de importancia científica casi exclusiva, y se figuran hallarse en posesión de la última palabra de la ciencia, y haber penetrado el secreto de la Filosofía de la Historia, cuando envueltos en formas sibilíticas han pronunciado los nombres de *ideal de la humanidad*, existencia de la misma y del mundo *en bajo y por Dios*, humanidad *universal* y humanidad *terrestre*, perfectibilidad ilimitada de la humanidad y desarrollo de la misma bajo la triple forma de la *tésis*, de la *antítesis* y de la *síntesis*.

Una vez expuestas y discutidas, siquiera sea con brevedad, las principales teorías filosófico-históricas escogitadas y profesadas por el racionalismo, abstracción hecha de la teoría de Hegel, por la razón antes apuntada, diremos ahora dos palabras solamente sobre la teoría histórica de Bossuet, tal cual se desprende de su celebrado *Discurso sobre la Historia Universal*. San Agustín había dicho: «Siendo indudable que la Providencia divina no sólo influye en las acciones particulares de los individuos, sino que dirige y gobierna todo el género humano por medio de una acción pública, es consiguiente que la acción divina, respecto de cada individuo, sólo sea conocida por este

que la recibe y por Dios que la pone; empero la acción divina pública, por medio de la cual rige y gobierna el género humano, se manifiesta ó revela por medio de la Historia y de la profecía: «*Quoniam igitur divina providentia non solum singulis hominibus quasi privatim, sed universo generi humano tamquam publice consulit, quid cum singulis agatur, Deus qui agit, et ipsi cum quibus agitur, sciunt. Quid autem agatur cum genere humano per historiam commendari voluit et per prophetiam* (1).»

Estas profundas palabras del grande obispo de Hipona encierran, á nuestro juicio, la base fundamental filosófica, á la vez que cristiana, de la verdadera Filosofía de la Historia. Si como dejamos sentado antes, la Filosofía de la Historia general de la humanidad, no es ni puede ser otra cosa más que la expresión ó manifestación externa y sensible de la relación que existe entre la Providencia ó acción de Dios y la libertad del hombre, consideradas como los dos elementos generadores de las evoluciones progresivas y múltiples de la humanidad, es á todas luces evidente que la Historia por una parte, y por otra la profecía, constituyen los dos únicos medios racionales para llegar al conocimiento más ó menos probable de la Filosofía de la Historia: la profecía ó revelación previa de los designios providenciales, puede tener aplicación en la Filosofía de la Historia con respecto al porvenir; la Historia tiene aplicación principalmente con respecto al pasado de la humanidad, pero sin excluir por eso la aplicación al porvenir de la misma, según las leyes de la analogía. En otros términos: la relación entre los designios providenciales y la voluntad libre del hombre, relación que constituye el fondo y la base real de la Filosofía de la Historia, sólo puede ser conocida por el hombre de una manera racional por medio de la Historia, ó sea del examen crítico, observación exacta y comparación filosófica de las fases históricas de la humanidad. La profecía, sin embargo, puede servir de auxiliar y complemento al expresado conocimiento histórico-racional de la humanidad.

(1) *De vera Relig.*, cap. XXV.



A la luz de estas ideas, podemos ya apreciar y juzgar la teoría histórica de Bossuet contenida en su *Discurso sobre la Historia Universal*. Esta teoría no es en el fondo más que un desenvolvimiento más ó menos acertado y una aplicación incompleta de la profunda idea de San Agustín, consignada en el pasaje transcrito. Para el ilustre obispo de Meaux, el Cristianismo es la piedra angular de todo el edificio histórico de la humanidad; es el centro común, en torno del cual se mueven y marchan los pueblos, los imperios y los siglos, y este hecho se halla comprobado y puede considerarse como una inducción legítima de la profecía y de la enseñanza histórica. Tal es la idea fundamental y dominante, en la cual puede decirse que se halla concentrado todo el *Discurso sobre la Historia Universal*; idea que se halla trazada á grandes rasgos en el siguiente pasaje: «Los imperios del mundo sirvieron á la religión y á la conservación del pueblo de Dios; por eso el mismo Dios, que por medio de sus profetas anunciaba de antemano los diferentes estados de su pueblo, les hacía profetizar también la sucesión de los imperios. Habeis visto los pasajes en que Nabucodonosor fué señalado de antemano como el que debía venir para castigar los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judío, ingrato para con su Señor. Habeis oído nombrar á Ciro doscientos años antes de su nacimiento, como el hombre destinado para restaurar el pueblo de Dios y castigar el orgullo de Babilonia. La ruina de Ninive no fué predicha con menor claridad. Daniel, en sus admirables visiones, ha hecho pasar ante nuestros ojos instantáneamente el imperio de Babilonia, el de los Medos y Persas, el de Alejandro y de los griegos. Las blasfemias y crueldades de Antiocho el *Ilustre* son profetizadas allí, lo mismo que las victorias milagrosas del pueblo de Dios sobre tan violento perseguidor. Véanse también caer unos en pos de otros esos famosos imperios; y el nuevo imperio que Jesucristo debía establecer, encuéntrase asimismo marcado tan expresamente con sus propios caracteres, que no es posible desconocerlo. Es el imperio de los santos del Altísimo, el imperio del Hijo del hombre, imperio que

debe subsistir en medio de las ruinas de todos los otros, y al cual únicamente se promete la eternidad.

»Ni tampoco se nos han ocultado los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios de este mundo, es decir, sobre el imperio romano, puesto que los acabamos de escuchar de la boca de San Juan. Roma ha sentido la mano de Dios, y llega á ser, como los demás, un ejemplo de su justicia. Sin embargo, su suerte es más dichosa que la de otras ciudades. Purgada por medio de sus desastres de los restos de la idolatría, no subsiste sino por el cristianismo y para el cristianismo, que anuncia al universo entero.

»Así es como todos los grandes imperios que hemos visto pasar sobre la tierra, concurrieron por diversos medios al bien de la religión y á la gloria de Dios, según el mismo Dios lo había declarado de antemano por boca de sus profetas (1).»

Háse echado en cara á Bossuet, como un vicio ó defecto capital de su teoría histórica, el presentar la Historia de la humanidad, ó sea sus vicisitudes y transformaciones, como el resultado exclusivo, ó poco menos, de los designios providenciales y de la acción de Dios sobre el mundo, en perjuicio y menoscabo de la libertad humana. Ciertamente que á juzgar de su teoría únicamente por el pasaje que acabamos de transcribir y otros análogos contenidos en su obra, podría decirse que semejante acusación no es del todo infundada, porque considerada bajo este punto de vista, la teoría del obispo de Meaux presenta incontestablemente cierto tinte bastante pronunciado de fatalismo místico ó religioso, que tiende á excluir del campo de la Historia la causalidad que corresponde al hombre en virtud de la energía poderosa y libre de su voluntad.

Sin embargo, sería injusto é inexacto el afirmar que Bossuet prescinde por completo del género humano ni de la libertad del hombre al exponer la marcha y evoluciones de la Historia de la humanidad, como lo prueba el siguiente pasaje de la obra citada: «Este mismo

(1) *Discours sur l'Hist. Univ.*, terc. part., cap. I.



Dios, dice (1), ha querido también que el curso de las cosas humanas tuviera su enlace y sus proporciones; quiero decir, que los hombres tuvieran cualidades proporcionadas á la elevación á que estaban destinados, y que, con excepción de ciertos golpes extraordinarios, en los cuales quiso Dios que apareciese solamente su mano, no se ha realizado ningún gran cambio que no haya tenido sus causas en los siglos precedentes.

«Y así como en todos los negocios hay lo que los prepara, hay lo que determina á emprenderlos, y hay lo que les hace tener resultado, así también la verdadera ciencia de la Historia consiste en conocer y señalar en cada época esas secretas disposiciones que prepararon los grandes cambios, y las coyunturas importantes que influyeron en su realización... El que quiera penetrar á fondo las cosas humanas, debe tomarlas de más alto, y le será necesario observar las inclinaciones y costumbres, ó para decirlo en una palabra, el carácter, así de los pueblos dominadores en general, como de los príncipes en particular, y finalmente, de todos los hombres extraordinarios que por la importancia é influencia que han ejercido en el mundo, contribuyeron en bien ó en mal al cambio de los estados y de la fortuna pública.»

A pesar de este pasaje y de otros análogos que pudiéramos citar; á pesar también del sagaz y profundo estudio que sobre las causas humanas de la elevación, vicisitudes, decadencia y ruina del imperio romano, presenta Bossuet en el mismo *Discurso sobre la Historia Universal*, nosotros opinamos que en su teoría histórica el elemento humano no ocupa el lugar que le corresponde; que la importancia histórica de la libertad humana, si bien no puede ni debe decirse que se halle anulada en el citado *Discurso*, como pretenden algunos, se halla, sin embargo, rebajada más de lo que debiera. Por eso hemos dicho antes que la teoría de Bossuet es «un desenvolvimiento más ó menos acertado y una aplicación *incompleta* de la profunda idea de San Agustín, consignada en el pasaje transcrito.» La Historia, en la cual, según

(1) *Discurs sur l'Hist. Univ.*, cap. II.

el pensamiento feliz y profundamente filosófico del grande obispo de Hipona, se refleja la acción pública de Dios con respecto al género humano, es la síntesis armónica, y en cierto modo paralela, de la acción divina y de la voluntad libre del hombre. Al lado, pues, del elemento divino, es preciso colocar el elemento humano, como uno de los agentes principales y generadores de la Historia de la humanidad; el elemento divino es indispensable, es un elemento fundamental y primario, si se quiere, de la Historia humana; pero no por eso es el elemento único ni exclusivo, antes, por el contrario, exige y llama al elemento humano generador principal también é inmediato de la Historia, el cual, aunque inferior por su naturaleza, y subordinado al elemento divino, no es absorbido por este: la armonía y la relación de los dos elementos, no es ni puede ser la absorción del uno por el otro. Y téngase en cuenta que este elemento humano encierra en su seno principal y decisiva influencia en las manifestaciones más importantes de la Historia de la humanidad, como son el arte, la industria, la política, la filosofía, la religión.

Bossuet, pues, está en lo verdadero al acentuar que el cristianismo es el punto céntrico del movimiento histórico de la humanidad, es la evolución fundamental con la cual se hallan relacionadas de una manera más ó menos directa é inmediata las transformaciones todas del género humano en lo pasado y en lo porvenir. Bossuet es también el eco de San Agustín, y su teoría es la repercusión sonora de la idea profunda del grande obispo de Hipona, al presentar á nuestros ojos la Historia como el reflejo de la acción pública de Dios sobre el género humano. Empero la teoría de Bossuet, aunque cristiana, y por consiguiente filosófica y verdadera en el fondo, es incompleta é inexacta en su desenvolvimiento y aplicaciones; porque la libertad humana, absorbida en cierto modo por la acción de Dios, desaparece casi por completo de la escena histórica, ó por lo menos, no se concede á sus principales manifestaciones la importancia que les corresponde.

Cuando haya aparecido un genio que haga marchar de frente y simultáneamente, aunque



con la subordinación debida, la acción pública de Dios y la acción libre del hombre sobre el género humano; cuando haya aparecido un genio que por medio de una vasta concepción haga entrar en el cuadro general de la humanidad, no sólo los imperios de los asirios, persas, griegos y romanos, como lo hace Bossuet, sino también los grandes imperios del Oriente, que sin razón se hallan excluidos de su teoría histórica, poniendo de manifiesto las relaciones varias que existen entre todos los imperios antiguos y modernos y el Cristianismo; cuando haya aparecido un genio que, fija la vista en la idea cristiana, como centro general del movimiento histórico, ponga de relieve la importancia de la libertad humana como elemento generador de la Historia, así como también de sus principales manifestaciones, cuales son el arte, la industria, la política, la religión y la filosofía; cuando haya aparecido, en una palabra, un genio capaz de descubrir y sintetizar las múltiples, extensas é íntimas relaciones que existen entre el Cristianismo y las evoluciones sucesivas de la humanidad, según todos los órdenes indicados, entonces y sólo entonces tendremos una teoría histórica cristiana y completa; entonces quedará constituida la verdadera *Filosofía de la Historia* de la humanidad, sin negar por esto que, entendido el concepto de la Filosofía como le hemos consignado, no sea dable cultivar con aprovechamiento esta ciencia.

Tal vez el racionalismo lanzará contra nosotros la acusación de que anulamos la Filosofía de la Historia, y anulamos el movimiento de la razón humana al no otorgarla sino el descubrimiento de aquellas causas que están al alcance de su naturaleza. Si la ley de esta ciencia, se nos dirá, presupone la Providencia divina y la libertad humana, como factores fundamentales y como elementos generadores de la Historia; si se afirma que no es dable conocer en absoluto, con certeza y seguridad, ni el secreto del pensamiento infinito, ni el del pensamiento humano, habrá de deducirse que el conocimiento de la ley filosófica que preside al desenvolvimiento de la humanidad en el espacio y en el tiempo, está fuera del alcance de la razón

humana, la cual habrá de renunciar *a priori* al logro de toda la Filosofía de la Historia.

Preténdese sin duda por el racionalismo, que la teoría de la Providencia en la Historia entraña el más terminante fatalismo, sin tener en cuenta que, la Providencia para nosotros no es sino aquel acto íntimo, por el cual quiere y decreta los medios propios para conducir todos los seres criados á sus fines respectivos; y considerada exteriormente, es la elección y aplicación de esos medios, por los cuales Dios conserva los seres criados y los conduce á su destino y á su fin; la Providencia divina se ocupa acerca del universo y del hombre, se interesa en la existencia del orden físico y del orden moral, y debe mirar, y mira en efecto, con diferentes ojos la virtud y el crimen; siendo, sin disputa, ilegítima la deducción del racionalismo, al señalar tan miserable papel en los destinos y dirección del mundo á la sábia inteligencia creadora.

Al indicar que no es posible el conocimiento de la ley histórica, nos referimos al conocimiento de una ley capaz de suministrar á la razón el conocimiento simultáneo y complejo de todo el movimiento histórico, esto es, de una ley que sea la razón suficiente, por medio de la cual se expliquen clara y distintamente todas las vicisitudes de los pueblos y razas, abrazando en una sola ojeada intelectual el pasado, el presente y el porvenir de la humanidad; cuya ley, una vez descubierta, como pretende el racionalismo, sería la ley del pensamiento creado, midiendo todo el alcance del pensamiento infinito.

Así entendida la Filosofía de la Historia, es un sueño; mas tomada en su sentido natural y propio, ó sea por el conocimiento de la ley histórica que preside á la humanidad, considerada en términos generales y sin descender á detalles, es decir, de una ley que contenga la explicación y la razón suficiente de las grandes fases, vicisitudes y manifestaciones de la humanidad bajo la Providencia divina, capaz de ser conocida por la razón en el espacio y en el tiempo, cabe reconocer la posibilidad de una ciencia que constituya y entraña un orden de elevadísimas, útiles y provechosas lecciones, no



sólo para el desarrollo de la vida individual, sino para la explicación de aquellos grandes principios, bien morales, bien científicos, bien artísticos, bien religiosos, sobre que descansa y se apoya el orden moral de la sociedad. Tomada la Filosofía de la Historia en este segundo sentido, dice el ya citado P. Zeferino Gonzalez, de quien sólo nos apartamos en pequeños detalles de interpretación, lejos de rechazarla, el cristianismo tiende, por el contrario, á fomentarla y á desarrollarla; porque el cristianismo, como verdad pura, como verdad la más elevada y completa de cuantas existen sobre la tierra, no debe rechazar, ni rechaza la verdad, sea cualquiera los términos en que se presente.

La idea cristiana, como derivación y reflejo del Verbo, de Dios, gravita espontáneamente hácia la verdad, donde quiera que esta se halle; y así como encierra en su seno un gran poder de resistencia contra todo error, así comprende á la vez un gran poder de asimilación para toda la verdad. Si la Historia Universal, como revelación que es de Dios y del hombre, encierra una ó muchas leyes constantes y fijas, y en ellas, y por medio de ellas, una especial manifestación de la verdad, la Historia y su filosofía real, objetiva y trascendental no están, ni pueden estar, en contradicción con la verdad cristiana.

La ciencia moral del cristianismo encierra una solución filosófica para todos los grandes problemas de la vida humana; el cristianismo se ha elevado en la solución de estos problemas á una altura desconocida para la filosofía pagana; el cristianismo, que ha engendrado á San Anselmo, á San Agustín y á Bossuet, no desprecia ni desdeña las investigaciones filosóficas sobre los hechos históricos; por el contrario, acogió con entusiasmo los estudios sobre la historia del hombre, así en los hechos como en las instituciones, sirviendo de comprobación á la verdad revelada; el cristianismo, en fin, no rechaza, ni niega, ni excluye el estudio de la Filosofía de la Historia. Lo que sí rechaza y excluye son las exageraciones y falsas direcciones de este estudio; lo que el cristianismo niega, y lo niega, no sólo en el concepto de sistema religioso, sino en nombre de la razón y

de la ciencia, es esa Filosofía de la Historia que unas veces convierte á esta, con la escuela hegeliana, en una evolución progresiva y ascendente, pero fatal y necesaria, de lo absoluto; otras hace de la Historia un círculo, siempre antiguo y siempre nuevo, un movimiento mecánico, cuyas partes se suceden en un orden invariable, en que se confunden y tocan el principio y el fin, como acontece en la teoría de Vico; otras veces hace de la Historia el desarrollo de la injusticia humana, como Maquiavelo; y otras, en fin, convierte á la Historia en un movimiento sempiterno hácia un ideal que tiene siempre ante sus ojos, como la escuela de Federico Krausse.

Dedúcese de aquí, que la escuela filosófico-cristiana armoniza todo lo que hay de racional, de digno y de elevado en los estudios históricos con las verdades fundamentales reveladas por Dios. Haciendo aplicación de este gran principio un moderno pensador católico español á la ley del progreso, dice que, en efecto, esta es una ley de la humanidad y consecuentemente de la Historia Universal; proposición, que si bien ha sido exagerada para algunas escuelas, encierra un gran fondo de verdad. Ciertamente, si por progreso y perfeccionamiento indefinido de la vida, se quiere significar que la humanidad se halla sometida á la ley del progreso de tal manera que marche siempre adelante, considerada en conjunto, es sin duda exagerada y falsa, hasta tanto que no se evidencien los progresos mutuos de todos los pueblos de la tierra durante el trascurso de todos los siglos; mientras no se nos demuestren, dice un pensador, los progresos realizados por los moradores de Egipto, á contar desde el siglo VII de la era cristiana, hasta el siglo XVIII. Si nos es difícil probar el progreso total de la civilización egipcia durante los siglos indicados y aun del que allí floreció en la época de los Ptolomeos y de los antiguos Faraones, no más fácil se nos presenta la empresa de demostrar, que esa ley del progreso se ha hallado en pleno ejercicio en esas regiones del Asia, como en la India, en la Tartaria, en la China, á las que vemos petrificadas hace siglos, sin acertar á salir de sus antiguos mol-



des, de su constante inmovilidad, á pesar de los heroicos, sublimes y grandiosos esfuerzos de ese gran tipo ideal del cristianismo, el *misionero*, y á pesar de las relaciones mercantiles seguidas con otros pueblos del mundo civilizado.

Quizás se diga que la ley del progreso no abraza en conjunto toda la humanidad, sino que sólo se refiere á las naciones representantes del saber, genuinos intérpretes del movimiento ideal de la civilización y progreso, considerando á los demás pueblos como trofeos amarrados al gran carro del triunfador; mas aun así planteado el problema, dista mucho de ser el progreso una realidad y una ley constante que abarca la esfera de toda la humanidad.

Sabido es que la civilización, por lo mismo que coincide en el fondo con la idea del perfeccionamiento del hombre, es múltiple y compleja en su colectividad, encerrando el perfeccionamiento ascendente y progresivo del pueblo ó agrupación de que se trata en el orden religioso, moral, intelectual y material; ni vemos inconveniente en admitir que las diferentes fases y vicisitudes que viene atravesando la civilización desde su origen, presentan siempre elementos parciales de progreso; ni negaremos que el movimiento civilizador realizado al través de los siglos, lleva oculto en su seno un secreto perfeccionamiento para el porvenir. Todo esto, sin embargo, no nos demostrará que la ley del progreso se ha realizado á la par, y como en una marcha uniforme y constante, en la historia de toda la humanidad, en el espacio y en el tiempo, sino de una manera parcial, incompleta y penosa.

Prescindiendo de los misterios del Oriente, digásemos si la civilización del mundo greco-romano estaba compuesta de los elementos integrantes de la civilización verdadera, y obedeciendo á una ley constante de progreso. Cualquiera que sea el grado de civilización verdadera y desarrollo progresivo que en los últimos períodos de la civilización griega y romana se ostente, así en arquitectura, como en la guerra, como en filosofía y en la política, ¿responderán á los entusiastas del progreso ab-

soluta de la vida los absurdos morales de la religión, de las instituciones, así del mundo griego como del mundo romano? Hablen por nosotros el ilota griego y el esclavo romano, los dioses que velaban por la prostitución y el vicio, las poetisas degradadas, las matronas romanas, y todas las instituciones, en fin, de aquel mundo minado en su base por la inmoralidad y el vicio corruptor. El hecho mismo nos informa de que la ley del progreso no siempre se realiza de una manera integral, aun en el seno mismo de las naciones y pueblos parcialmente considerados como representantes de la civilización de una época; siendo cierto que, como ley múltiple y compleja, nunca se verifica la encarnación del progreso en la sociedad de una manera total y perfecta, sino bajo puntos de vista determinados y parciales. Hoy mismo, por qué no confesarlo, ¿quién no admira en el mundo moderno la falta de armonía en el desarrollo total del progreso? ¿qué entendimiento pensador no alcanzará á medir la distancia casi infinita que separa al progreso moral del progreso material? «Por nuestra parte, dice un escritor contemporáneo, hasta aventuraremos una idea, cuya apreciación abandonamos al criterio de los lectores.

»Figurásemos que esa desigualdad, esa falta de equilibrio entre las múltiples manifestaciones posibles que encierra la ley del progreso, es una condición necesaria de su encarnación en la vida humana, y por consiguiente una condición *sine qua non* para la existencia y desenvolvimiento de la civilización. Así, por ejemplo, si la condición estacionaria y la situación imperfecta de un pueblo, en lo que se refiere al bienestar material, va acompañada del predominio exagerado de la cultura intelectual y de la especulación metafísica, la razón humana, al sentir y experimentar el vacío que la rodea en el orden material, parece que tiende espontáneamente á concentrar sus fuerzas sobre los objetos relacionados con el bienestar material, á fin de llenar el abismo y salvar la distancia que existe entre la satisfacción de las necesidades de la vida física y la elevación ó superioridad relativa de la vida intelectual y filosófica. Igualmente, cuando el bienestar y los